

allá de los datos intelectuales, el yo poético acaba ansiando la resurrección, la resurrección de la carne y del espíritu, donde se halla la consumación de nuestros deseos más ilimitados: «Puestos a suponer, el único consuelo / consiste en apuntar a lo imposible, / consiste en apostar / por lo absoluto» («Resurrección, p. 124). El discurso lúcido y a la vez jubiloso de este libro, lleno de pensamiento y de pasión, se abre a una religiosidad ausente en sus obras anteriores, y que ahora se hace tan posible y tan real como su contrario. Esta constitutiva ambigüedad de nuestro saber, que, como nuestro vivir, se halla traspasado por la acción del tiempo, se sustenta también en la doble (y, al parecer, ambigua) dimensión del ser humano: carne y espíritu, cuerpo y alma consustanciados en un misterioso consorcio, «entre el reino animal y el reino de los dioses» (p. 118), a cuyo esclarecimiento el poeta dedica toda la sección tercera del volumen, «La estatua interior».

Y esta naturaleza ambigua del ser humano, como ambiguos son su vida y su conocimiento, aparecen justificadas por una poética que convierte a la poesía en el lenguaje más ambiguo y, por tanto, más idóneo para expresar nuestro irreductible misterio: la poesía distorsiona toda significación estable de las palabras para expresar un contenido tan dinámico y emotivo como nuestra vida («a

veces las palabras sacrifican / la herencia que las hace poderosas, / y en el delirio de su propia música / descalzas se convierten en un cántico» p. 128). El espíritu, si no la letra, irradia de la incitadora luz machadiana de la «palabra en el tiempo».

El mérito de este proyecto poético tan arriesgado reside precisamente en consustanciar dentro de un mismo discurso los contenidos del intelecto con la imagen inesperada, traída por la honda emoción que permea cualquier idea o enunciado abstracto; de manera que esta poesía, tan filosófica por su ambición y objetivo, raras veces cae en el frío intelectualismo. Digo raras veces porque esta vocación del pensamiento en ocasiones se extralimita y convierte algunos poemas en textos más bien didácticos, donde la explicación razonadora de una brillante intuición acaba tejiendo un discurso reiterativo, muy ajeno al propósito del poeta (véanse, como ejemplos, los poemas «El combate por la luz», «El sol de la pereza», el extenso «Amor diablo» y «La inmaterialidad»). Son escasos, dentro de tan extenso libro, pero confirman el riesgo de esta ambiciosa poesía. Otras veces, como he anotado al principio, el poeta adelgaza al máximo el componente reflexivo de su discurso y se complace en el delirio de la sensación más pura: así resultan poemas tan intensos como «Pájaro de mi espanto», «Un mismo fuego» o «Azul de metileno».

En suma, *Metales pesados* constituye por sí solo un nuevo ciclo, casi tan ambicioso como logrado, dentro de la brillante trayectoria de su autor.

Carlos Javier Morales

*Diarios completos de Manuel Azaña**

Los diarios de Manuel Azaña son ya uno de los testimonios más insoslayables para conocer la política española, especialmente de la república y de la guerra, periodos en los que Azaña fue jefe de gobierno y presidente de la república. Estas casi mil trescientas páginas abarcan un espacio, con muchos momentos en blanco, que va del 24 de noviembre de 1911 al 19 de enero de 1939. Recorre pues la monarquía constitucional (era entonces secretario del Ateneo; fue elegido presidente en 1930), la dictatorial, la república (ministro de la Guerra desde el comienzo de la proclamación y poco después presidente del Consejo de Ministros tras la renuncia de

* Diarios completos. Monarquía, República, Guerra civil, *Manuel Azaña. Introducción de Santos Juliá*, Ed. Crítica, Barcelona, 2001-10-22.

Alcalá Zamora) y la guerra. Santos Juliá, en su inteligente e informada introducción nos aclara que Azaña nunca seleccionó ni corrigió estos diarios que ahora podemos leer al completo, y que si lo hubiera hecho, muchos de los juicios sobre personas habrían sido matizados e incluso cambiados. Son el producto de la reacción inmediata e íntima, sin intención de que se dieran a la luz, aunque quizás sí con el deseo de ser reelaborados más tarde. No obstante, es sabido el talante de Azaña, cercano a la soberbia intelectual en ocasiones. Esto no es lo fundamental. Hay que señalar ante todo que estas memorias, por su riqueza intelectual, su ágil prosa y la viveza con que constata muchos hechos son la obra de un hombre de talento, quizás por la que se le recordará durante muchos años, mientras que su obra literaria queda en un segundo plano.

Se ha criticado al Azaña diarista que no prestara ninguna atención a lo que ocurría en Europa y en el resto del mundo, especialmente él que había dedicado un erudito estudio a la política militar francesa. «Por muy sorprendente que pueda parecer –escribe Juliá– en alguien que despertó a la política española estudiando la francesa, nada le sugiere tampoco ningún acontecimiento de la política internacional: ni siquiera de la llegada de Hitler al poder, que le pilla enfrascado en la

crisis provocada por la matanza de Casas Viejas, dice nada». Tampoco sobre el fascismo. Azaña vivió la política española como una isla. En cuanto a la persona, sólo aparece en función del trabajo que le ha tocado desempeñar, y a veces vislumbramos, en sus quejas o en ciertos juicios, a la persona tras la máscara. De nuevo Juliá: cuando aparece la persona «es invariablemente la presentación de su personaje como el de un actor ajeno a la obra que le ha tocado representar». ¿Prurito intelectual enfangado en la acción? Por otro lado, lo vemos moverse, siempre ajeno a cualquier confesión, al lado de su cuñado Cipriano Rivas, con quien mantuvo una *amitié particulière*. No obstante, nos aclara Juliá, Azaña escribió sus diarios por necesidad de encontrarse a sí mismo para mostrar sus ideas políticas, no como meras abstracciones sino imbuidas de su propio espíritu.

Sus ideas, a lo largo de estas anotaciones, no fueron siempre las mismas. Fue un defensor entusiasta del Partido Reformista, pero más tarde crítico del mismo: con el golpe de Estado de 1923 rompe totalmente con el reformismo. Pasó del reformismo dentro de la monarquía a la defensa de la revolución por la república. Ajeno a los noventayochistas, su preocupación central, en línea en esto con Ortega y los liberales españoles del XIX, fue cómo podía incorporarse España a la corriente general de la civilización

europea. Antirregeneracionista, creyó que la convivencia había que establecerla sobre categorías universales humanas y no en una supuesta identidad española. Le preocupó, a diferencia de Ortega, la constitución de un Estado que permitiera la creación de instituciones que transformaran los modos y el espíritu de la gente, es decir, la necesidad de un Estado democrático. Por otro lado, ya desde sus estudios sobre el ejército francés, pensó que era necesario un proyecto de reforma del ejército español: reducción de la jurisdicción militar, alejamiento de las contiendas políticas, disminución del número de oficiales, reducción del tiempo de servicio en filas. Quizás si se hubiera llevado a cabo radicalmente, se hubiera evitado la Guerra Civil, pero la guerra ideológica y la intolerancia entre partidos estaban a la orden del día y estas páginas se nos presentan como un espacio dramático resultante de dichas tensiones.

En cuanto a la guerra civil, Juliá afirma que en la conversación que tuvo con John Leche el 29 de julio de 1938 está todo el Azaña de la guerra: «la convicción de que era vital para Inglaterra intervenir: la seguridad de que la República no podía ganar; la confianza en su propia palabra; la hartura y el cansancio; la creencia de que los comunistas, y con ellos los rusos, eran un injerto extraño que podía podarse sin mayor problema; la inveterada

afirmación de que Franco por sí mismo no era nada». Ya sabemos lo que pasó: Inglaterra no intervino y Franco no era sólo él mismo.

En febrero de 1939 Azaña inició el camino del destierro. De esos

días queda un emotivo testimonio en la carta a Ángel Osorio el 28 de junio, recogida en este volumen.

Juan Malpartida



Raimundo Pastore y Mirtha Legrand en *La casta Susana* (1944) de Benito Perojo